

# Ramoncillo y Remedios

Katir

Las sombras ganan terreno a la tarde y un fuerte olor a jazmines viene de la colina que hay frente a mi casa. Hace días llegó el verano y cada noche regala una pausa de reposo a la gente de mi barrio, que cobra vida cuando después de la cena bajan a la calle con sus sillas y la ilusión puesta en la brisa que, a rachas, viene del mar. Se forma el corrillo, comienza la tertulia, el botijo de agua pasa de mano en mano, algunos cuentan su vida, y las abuelas en su rincón susurran tristezas. Esta noche me trae el recuerdo de aquellas otras ya lejanas, en las que viví personalmente una humilde pero dramática historia con gran contenido humano y que tuvo por protagonistas a Ramoncillo y Remedios.

Todo empezó cuando Ramoncillo llegó corriendo, muy asustado, a un grupo de vecinos que tomábamos el fresco y dijo con palabras entrecortadas:

-Acabo de ver un fantasma alrededor de la Iglesia, andando en silencio y despidiendo fuego por los sus ojos-

Algunos le miraron con sorpresa, otros continuaron con su duermevela, y alguien murmuró en voz baja:

-Debe estar bebido-. Casi nadie creyó en sus palabras, aunque en lo más profundo de sus conciencias quedó latente una llamada de alerta, un firme sentimiento de misterio, de mal augurio, de miedo. Más de uno durmió mal aquella noche. Ramoncillo era un chico con una malformación en la cabeza, algo aficionada a la bebida, y su aspecto físico estaba al otro lado de la belleza. Tenía frecuentes ataques epilépticos y se dedicaba a mendigar, además de ser perseguido ocasionalmente por zagales que se divertían riéndose de él y tirándole piedras. Con frecuencia se le veía sentado en una esquina al lado de Remedios, vagabunda de edad indefinida, carniseca, siempre a la espera de cualquier comida que llevarse a la boca. Compartían su vida en buena convivencia, casi invisibles al resto, y sabían que su camino a esas alturas era solo de vuelta.

Pocos días después el fantasma fue visto de nuevo por Juanico "El Cañas" (vendía cañas de azúcar), visión que le originó un susto del que tuvo que recuperarse en Urgencias. El miedo se apoderó del barrio de tal forma que a medianoche el silencio y

la soledad dominaban las calles y plazas, las luces se apagaban y las casas cerraban temprano sus puertas y ventanas. Algunas familias se fueron a otros sitios de la ciudad y se ofrecieron velas al Señor de los Favores; en las casas menudearon las “mariposas de aceite”, luminarias temblorosas en humilde recinto de tazón que, juntos a los rezos, querían atemperar a las ánimas benditas. Ramoncillo pronto supo que Remedios también se iba del barrio:

-Para mí no hay más esquinas, me voy-

Y Ramoncillo mirándola entristecido solo contestó:

-Te marchas de mi lado, creo que no te importo nada-

- Sí me importas- dijo Remedios,-Nunca te olvidaré, espérame porque algún día volveré a por ti con mucho dinero- y aligerando el paso no llegó a oír lo que dijo Ramoncillo:- Eres mi única amiga-.

Se creó un comité para solucionar el problema, integrado por Don Pedro el cura, Serafín el de la tahona, y Don Blas, medico retirado. En una reunión del comité con los vecinos se acordó organizar vigilancia nocturna para localizar al fantasma si volvía a salir. El tío Lucas, carnicero, se opuso a éstas medidas por considerar que todo era producto de una chiquillada y que lo mejor era quedarse en casa sin preocuparse de nada más; no prosperó la enmienda porque la mayoría quería resolver ese misterio que traía soliviantado al vecindario.

Aquella misma noche localizaron al fantasma cerca de la Iglesia. Las alarmas se dispararon y un grupo numeroso de personas pudo verlo, guardando las distancias que el miedo y la curiosidad requerían. Tras unos minutos de titubeo, aquella figura blanca emitió un imperceptible siseo y repentinamente se iluminaron sus enormes ojos con una luz que despedía chispas de fuego. Su imagen resplandeció con mil reflejos.-Pocos segundos después el fantasma comenzó a arder.

El pánico cundió entre los vecinos, unos huyeron despavoridos y otros permanecieron clavados al suelo sin capacidad de reacción, viendo como aquel espectro se cubría de llamas y lanzaba gritos de inmenso dolor. Solamente Ramoncillo reconoció aquella voz y sin pensarlo se abalanzó sobre el fantasma que para entonces era una antorcha viva.

Lo abrazó como pudo, con sus manos, su camisa, intentando apagar el fuego que consumía aquel cuerpo tan querido. Finalmente un profundo silencio rodeó al grupo de vecinos que, paso a paso se acercó a Ramoncillo. Todos vieron horrorizados al fantasma que no era otro sino Remedios, con quemaduras por todo el cuerpo, así como dos bengalas a medio quemar y trozos de túnica blanca con lentejuelas de colores. Don Blas, el médico se hizo cargo de los primeros cuidados y se fue con ella en la ambulancia; Don Pedro esbozaba una bendición y una oración que nadie siguió. Pude sentir la violenta soledad de Ramoncillo, su abandono descarnado, anhelando quizás ser sombra y en las sombras encontrar a Remedios, su única compañera, para soñar juntos, dar la vida por olvidada y sentir la nada al mismo tiempo. Tuvo fuerzas para decir:- Llorad si podéis, pero vuestras lágrimas no quitarán mi dolor-

Esa noche supimos que la policía había detenido a Lucas, el carnicero, por tráfico y venta de carne ilegal. En su declaración confesó que había pagado a Remedios para que hiciera de fantasma y de esa forma amedrentar a los vecinos e impedir la presencia de testigos innecesarios en el trasiego de la carne.

Las últimas sombras se iban deshilachando lentamente, cuando los vecinos, recogiendo pena y algo de vergüenza, se dispersaron en silencio. Una luz tenue empezaba a pintar de nuevo el paisaje antiguo de mi barrio; mientras volvía a casa respirando el aire puro de la mañana, pude oír el trino fugaz de las golondrinas y el murmullo de la brisa primera, ese airecillo fresco que llega con la amanecida.

Remedios murió una semana después de estos sucesos. Ramoncillo curó sus quemaduras y no se volvió a ver por el barrio. Murió tiempo después en un centro de rehabilitación de alcohólicos. Días antes de morir me contó que algunas noches, desde su habitación, veía un fantasma en el acantilado resplandeciente en su maravilloso esplendor y le sonreía con sus ojos de fuego antes de desaparecer mar adentro. Ha pasado el tiempo y algunos ancianos, cuando se les pregunta por Ramoncillo y Remedios dicen, muy serios, que viven en la esquina de un barrio del firmamento.